

dos, y que ó se salia á la calle, ó permanecía encerrado y solo en su pequeña y triste habitacion.

Don Pedro encargó al mayordomo que le hiciera vigilar escrupulosamente, y le diese cuenta de todo cuanto respecto de él se observase.

Desde aquel momento Don Pedro no volvió á pensar mas en Lázaro, pero se estableció por el mayordomo de la casa una especie de policia que acechaba hasta sus mas ligeras acciones y sus palabras mas insignificantes.

A pesar de esto, nada pudieron sacar en limpio.

de la ciudad de San Juan de los Rios, y en ella se halla una casa que pertenece á un tal Don Alfonso de Salazar, y en ella se halla una mujer que se llama Doña Juana de Carbajal, y en ella se halla una negra esclava que se llama Doña Juana de Carbajal, y en ella se halla una dueña que se llama Doña Juana de Carbajal.

VII.

De lo que pasaba en la casa de la calle de las Canoas.

La casa de la calle de las Canoas que conoce el lector, habia sido desde que pasó á vivir en ella Doña Juana de Carbajal, una casa verdaderamente misteriosa; jamás se habian visto llegar á ella mas visitas que Don Alfonso y Don Leonel de Salazar; pero desde que el primero tomó las sagradas órdenes y el segundo fué enviado por su padre á España, ninguna persona, á excepcion del viejo portero, una negra esclava, vieja tambien, y una dueña, volvió á atravesar el dintel de aquella sombría habitacion.

Al principio los vecinos tuvieron curiosidad de saber lo que adentro pasaba, y acechaban el momento de abrirse el zaguan para pasar por el frente, pero no descubrian mas que un patio desierto. Otros observaron por las azoteas vecinas, y jamás pudieron alcanzar otra cosa que corredores y pasillos solitarios, y ventanas y puertas cerradas por viejos batientes de madera; nunca un ruido, una voz, un grito, denunció la presencia de sus habitantes; nunca una luz vino á deslizarse por la noche al través de una de aquellas puertas.

Aquella casa parecía estar abandonada ó habitada solo por espíritus, porque los criados de las casas vecinas observaron que no se habian visto jamás salir por las chimeneas esas columnitas azuladas de humo que son como la respiracion, como el aliento de la vida en las habitaciones.

Por fin pararon los curiosos en no ocuparse mas de la «casa colorada,» como la llamaban, por estar construida toda de esa piedra especie de lava, de espuma ígnea que se llama en México *tezontle*.

Doña Juana de Carbajal y su hija Esperanza vivian solas, sin mas servidumbre que el viejo portero á quien ya conocemos, una esclava vieja y negra, que los vecinos habian visto salir, y una dueña.

Doña Juana y su hija habitaban en dos piezas diversas, y no tenian mas aposentos comunes á ambas que la sala en que vimos hablar á Doña Esperanza con su primo, y el comedor de la casa.

La cámara de Doña Esperanza no tenia mas que una ventana que caia á un patio interior, y la puerta que comunicaba con el resto de las habitaciones; pero la de Doña Juana se comunicaba, ademas, por una puertecilla secreta, con un aposento en donde se veian muchos libros, manuscritos, armas y trages de los antiguos pobladores de la tierra, y algunos grandes arcones de encino con cinchos de hierro y enormes chapas y cerrojos del mismo metal.

A esta especie de museo-biblioteca Esperanza habia penetrado muchas veces, porque allí pasaba Doña Juana la mayor parte del dia y de la noche; pero Esperanza jamás habia pasado de allí, aunque habia notado abierta algunas veces una puertecilla que conducia á una parte de la misma casa que no tenia comunicacion con el resto de ella sino por allí.

Aquel era el secreto de Doña Juana, que no permitia penetrar ni á su hija misma, reprimiendo con una mirada severa la menor muestra que ella daba de curiosidad.

Algunas noches Doña Juana se despedia de su hija mas temprano de lo que acostumbraba hacerlo, y entrándose en aquella biblioteca se encerraba por dentro, y Doña Esperanza no volvía á verla hasta el dia siguiente á la hora del desayuno.

La pobre niña pasaba una vida bien triste, pero estaba resignada, casi siempre sola en aquella casa tan triste, sin mirar siquiera la calle, sin flores, sin pájaros, sin ninguna de esas cosas que causan el placer de los niños, sin ver mas que el cielo azul ó nebuloso por encima de los muros de la casa. Doña Esperanza vivió como una flor en un cementerio, sin que nadie admirase su belleza, sin que nadie comprendiera el perfume delicado de su alma.

Muy jóven, casi niña, amó á su primo Don Leonel; partió éste y su corazon quedóse solo; pero aquel amor en vez de extinguirse con los obstáculos, creció en la soledad, y se hizo una necesidad para ella el pensar todos los dias en su primo; y la niña hecha jóven, guardaba con una especie de veneracion religiosa, ya una flor que le habia dado Don Leonel, ya un adorno del vestido del jóven, que se habia caido en uno de sus juegos de niños.

Doña Juana lo comprendió todo, porque como habia dicho á su hija, las madres adivinan, y habia puesto todo su empeño en destruir aquel amor, en apagar aquella naciente pasion.

Doña Juana amaba á Don Leonel como á un hijo; le parecia valiente, noble, generoso, digno en fin, de ser el esposo de Doña Esperanza; pero Doña Juana guardaba terribles tradiciones de familia, que le hacian ver con horror un ma-

trimonio entre Leonel y Esperanza, porque queria ver terminar, acabar su familia, porque su imaginacion le presentaba una calamidad cirniéndose siempre sobre su raza y descargando su brazo sin piedad en cada generacion; y á fuerza de súplicas y de razonamientos, habia logrado arrancar de su hija la promesa de renunciar al amor de su primo y de no amar jamás á ningun hombre.

Doña Esperanza hizo á su madre esta promesa en medio del llanto, porque se arrancaba con ella hasta la última esperanza de felicidad.

Se creyó fuerte para cumplirla, y pensó que podria aún volver á ver á Don Leonel sin temor ninguno, como podria ver á un amigo, cuando mas á un hermano.

¡Cuánto se engañaba!

Don Leonel volvió, y entonces no era ya el adolescente de mirada tímida y de pudorosas indicaciones de amor: no; era ya un jóven arrogante, esbelto, lleno de fuego y de pasion, de palabras ardientes y apasionadas; no era el niño que venia á solicitar un amor naciente, era ya el hombre que exigia la correspondencia de una pasion alimentada en la ausencia, nutrida por el infortunio, probada por la constancia.

Doña Esperanza quiso resistir aquella fascinacion, quiso hacer creer á Don Leonel que todo aquello habia sido un juego, una niñería; quiso fingir que no creia en aquel amor; pero en el fondo de su alma conoció que aquella pasion existia, que su primo le hablaba con el corazon y con la verdad; ella le amaba, y en aquellos momentos, y luego cuando Doña Juana se retiró y la dejó sola, Esperanza comprendió que su promesa habia sido terrible, superior á sus fuerzas, y que no podia cumplirla.

Sentada en el taburete, reclinada en el asiento del sitial que habia dejado su madre, lloró por largo tiempo, hasta

que volvió Doña Juana una hora despues á buscarla.

La noche habia cerrado ya y el aposento estaba envuelto en las sombras, y Doña Juana no vió á Esperanza y tuvo que llamarla.

—Esperanza, Esperanza—dijo dulcemente Doña Juana.

—Madre—contestó la jóven.

—¿Qué haces, hija mia?

—Oraba.

—¿Orabas?

—Pidiendo á Dios valor y resignacion.

—Él te escuche, hija mia, y aparte de tu frente la tempestad.

—Así se lo suplico.

—Pero es ya tarde, hija mia, retírate á tu aposento.

—¿Os vais ya?

—Sí, Esperanza, me siento mal; necesito descansar, pero quiero antes mirarte ya recogida.

—Vamos, madre mia.

Doña Juana tomó á su hija de una mano, la levantó, y al besarle la frente sintió que lloraba.

—¿Lloras, hija mia?

—No me es posible contenerme.

—¡Pobre Esperanza! Lloras hoy para no tener que llorar mañana; lloras por la pérdida de tus ilusiones, pero no gemirás sobre la deshonra de tus hijos.

Doña Esperanza sollozaba en la oscuridad.

—Vamos, hija mia, dijo Doña Juana acariciándola, y pasando su brazo por el cuello de su hija, la condujo suavemente hasta su cámara.

—Adios, hija mia, hasta mañana; Dios te haga feliz.

—Hasta mañana, madre—contestó Esperanza besándole la mano.

Doña Juana salió cerrando la puerta y Esperanza se arrojó sobre su lecho, diciendo:

—¡Qué desgraciada soy! Mi madre tiene razon; pero le amo, le amo.

Doña Juana se encerró por dentro en su cámara, sacó de una caja un tupido velo negro, y cubriéndose con él salió por la puerta secreta de la biblioteca y al través de algunas estancias desiertas, hasta que llegó á un patio en donde sacando una pequeña llavecilla, abrió una puerta que volvió á cerrar y se encontró en la calle.

Media hora despues entraba, tambien por una puerta secreta, á la casa de la calle de Ixtapalapa donde se reunian los conjurados, y aparecia á los dos hermanos en el momento en que Don Leonel menos se lo esperaba.

Doña Esperanza lloraba entretanto sin consuelo encerrada en su cámara.

## VIII.

Lo que pasó en México el 3 de Noviembre de 1624.

Las noticias del tumulto de México contra el Conde de Gelvez llegaron á España tan oportunamente, que cuando se presentó en la corte el alférez real Don Cristóbal de Molina para informar al monarca de lo que habia ocurrido en la Nueva-España, ya Felipe IV sabia que su muy noble y leal ciudad de Tenoxtitlan se habia alzado contra su virey, que le habia despojado del mando y perseguido hasta hacerle ocultar en un convento, y que la Audiencia gobernaba la colonia.

Felipe IV comprendió el inmenso peligro que su autoridad estaba corriendo en México, y lo fácil que seria despues del paso que habia dado la colonia, con tanta facilidad y tan poca resistencia, avanzar un algo mas y pretender la independenciam, separándose de la metrópoli.

Mil rumores llegaban hasta los oidos del monarca español, y le indicaban que tenia razon en los temores que le asaltaban: hablábase de alzamiento de indios, de sublevacion de negros y de conspiraciones mas ó menos ramificadas de los criollos; el ánimo real estaba inquieto, y decidió poner á todo un pronto remedio.

Por esto cuando llegó el alférez real á la corte, se encontró ya con la noticia de que Su Majestad habia nombrado virey y capitán general de la Nueva-España á Don Rodrigo Pacheco Osorio, marqués de Cerralvo, enviando á México en su compañía y con el carácter de juez pesquisidor para proceder á la averiguacion de todo lo relativo al tumulto, á Don Martin Carrillo, inquisidor de Valladolid.

El nuevo virey se puso inmediatamente en marcha para México en union del juez pesquisidor.

Era el 3 de Noviembre de 1624.

Las calles principales de la ciudad de México, se vestian de arcos y de cortinas, los ricos ponian en sus balcones aparadores en donde se ostentaban soberbias vajillas de plata y oro, y toda la poblacion estaba inquieta.

En aquel dia debian hacer su entrada solemne el nuevo virey marqués de Cerralvo, y el inquisidor de Valladolid.

Desde muy temprano las gentes circulaban por las calles que debia atravesar el virey, procurando los unos tomar un buen puesto para ver desfilár la comitiva, paseando otros para ver á las damas que se asomaban á los balcones y para lucir sus trages de gala.

Soberbias cabalgatas pasaban de cuando en cuando con direccion á la garita, para esperar á los ilustres viajeros y aumentar su séquito.

El cabildo y las autoridades de la ciudad no fueron de los últimos en acudir, y cuando el virey se presentó, habia ya un inmenso y lucido concurso que le esperaba.

El marqués de Cerralvo atravesó las calles en medio de vítores y flores; las campanas de las iglesias repicaban á vuelo, y los cohetes se cruzaban en todas direcciones. Parecia aquello una verdadera ovacion popular, y sin embargo, un observador cuidadoso podria haber advertido que aque-

llas manifestaciones tenian mas de aparentes que de cordiales.

Gritaban los muchachos, echaban flores algunas mujeres desconocidas, y lanzaban cohetes los hermanos de las cofradías y los esclavos de algunas *casas grandes*; pero en el fondo habia en todo el mundo cierta inquietud, cierto temor, cierto malestar.

El clero miraba aquello con frialdad. La Audiencia manifestaba recelo, el pueblo en lo general no hacia grandes demostraciones de alegría, y solo el cabildo de la ciudad se empeñaba en demostrar su regocijo.

Era que todos los corazones estaban inquietos, porque todas las conciencias acusaban. Era porque no se celebraba allí la entrada del virey, sino la llegada del juez, y aquel dia se consideraba por todos como el principio de las averiguaciones, como el anuncio del proceso, como el prólogo de un gran drama que debia sin duda terminar en terribles ejecuciones contra los culpables en el célebre tumulto de la ciudad contra el virey de Gelvez.

En medio de la muchedumbre pudieran haberse observado algunos hombres de fisonomías tristes y preocupados al parecer en el desempeño de alguna comision, que pasaban de uno á otro grupo de curiosos observando las conversaciones y promoviéndolas de cuando en cuando.

Estos hombres iban vestidos con diferentes trages que nada tenian de comunes entre sí, y sin embargo, parecian reconocerse todos; y cuando uno de ellos pasaba cerca del otro, llevaban cortesmente la mano á sus sombreros, y algunas veces podia escucharse que alguno de ellos decia:

—Buenos dias.

Sin embargo, examinándolos mas detenidamente, podia observarse que todos ellos llevaban un anillo de oro, ó de

plata ó de hierro, en el dedo índice de la mano izquierda, y procuraban mostrárselo mutuamente con el mayor disimulo como un medio para reconocerse.

La multitud, á pesar de todo, nada notaba. Pasó la comitiva; la concurrencia comenzó á dispersarse y las calles á quedar mas tristes que de costumbre; á la facticia alegría de la fiesta sucedia el temor del porvenir; cada familia temblaba por alguno de sus miembros mezclados mas ó menos en el negocio del tumulto, y cada familia veia un peligro en la llegada de los nuevos gobernantes.

Las calles estaban ya desiertas, y solo por la que tenia ya desde entonces el nombre de Tacuba, se veian caminar dos personas que sostenian por lo bajo una animada conversacion.

Eran Don Leonel y su hermano el Padre Salazar.

—¿Has visto, hermano—decia el Padre—cuán seguras han sido mis predicciones? El pueblo no está contento, y teme y siente la llegada del virey.

—¿Pero esos cohetes, esas flores, esas músicas?.....

—Engaño, comedia; el pueblo se habia comenzado ya á acostumar á no tener virey, y esto es para nosotros una ventaja.

—En tal caso, háse perdido el tiempo; que buena oportunidad era dar el golpe antes que llegase el de Cerralvo.

—Por el contrario, si el pueblo estaba contento con no tener virey, el mejor instante es cuando le viene de nuevo, cuando está disgustado, cuando mucho teme y nada espera, cuando van á desatarse las persecuciones; entonces es la hora de obrar, y por eso la escogí yo como mas oportuna.

—Tienes razon: y creo que esta noche, por lo que digan nuestros agentes, podremos formar mejor juicio de lo que pasa.

—Así será en efecto.

Llegaban á la sazón á la calle que pasaba tras de las casas del marqués del Valle.

Don Leonel se detuvo.

—Hermano, aquí me separo de tí.

—¿Nos veremos en la tarde?

—Nos veremos. Adios.

Se estrecharon las manos; el Padre Salazar siguió de frente, y Don Leonel tomó á la izquierda el rumbo de la calle de las Canoas, y poco despues llamaba á la puerta de la «casa colorada.»

Subió la escalera y se dirigió á la puerta de la sala en que habia encontrado la víspera á Doña Esperanza.

Iba á llamar, cuando la puerta se abrió y apareció Doña Esperanza misma; le aguardaba.

La jóven le tendió la mano y Don Leonel se la besó con respetuoso cariño.

—Pasad, primo mio—dijo Esperanza conduciéndole de la mano como tenia de costumbre hacerlo—pasad y hablaremos, porque creo que vendreis hoy mas razonable y juicioso que ayer.

Al decir esto sonreia dulcemente.

—Esperanza, ¿qué quereis que os conteste? ¿llamais tener juicio á no amaros? Es imposible entonces que lo tenga; ¿á no decíroslo? callaré porque vos lo quereis.

—Hay cosas, primo, que vale mas callarlas toda la vida.

—¿Aun cuando causaran la muerte?

—Cosas hay peores que la muerte.

—¿Cuáles?

—La deshonra y la infamia.

—Esperanza, ¿creeis que mi amor os deshonraria?

—No, Leonel, pero nos haria muy desgraciados.

—Explicaos, Esperanza, por Dios; ¿no me amais?

—¡Ojalá no os amara!

—¿Luego es decir que me amais?

—Os amo, Leonel, os amo mas que á mi vida, os amo, y en vano quiero reprimir este amor en mi pecho, en vano pretendo ahogar esta pasión, porque ese esfuerzo es superior á mis fuerzas y me domina, y tengo á mi pesar que confesar esto.

—¡Esperanza! ¡Esperanza! me dais la vida, soy feliz.

—No, Leonel, no, no sois feliz, ni lo soy yo tampoco, porque este amor debe morir aun cuando nos costara la vida sofocarlo: no seré vuestra nunca, ¿lo oís? nunca.

—¡Nunca! ¿Y por qué? ¿Quién pudiera impedirlo?

—Dios, mi patria, mi conciencia: yo no puedo ser vuestra esposa para legar á mis hijos la deshonra, la esclavitud, la afrenta, Don Leonel; yo desciendo de judaizante, y vos y yo somos criollos: ¿cuál será el porvenir de nuestra familia? Don Leonel, ¿habeis pensado alguna vez en esto?

—Angel mio, todo lo comprendo; tu alma virgen, pura, inteligente, se ha remontado mas allá, en su vuelo, de lo que sienten las almas vulgares; libre tu pensamiento, tiembblas ante la idea de la esclavitud de tus hijos, ¡oh alma del alma mia! Tienes razon, te comprendo, y te juro, luz de mi vida, que no pensaré en que seas mia sino hasta el dia en que un rayo de gloria borre para México tantos años de servidumbre; y ese dia llegará, Esperanza, llegará, ó moriré en la demanda.

—Leonel, Leonel, ¡oh, qué hermosas palabras! ¡cuánto te adoro así, grande, valiente, noble; así, pensando tocar el sol, elevándote como el águila que servia de emblema á nuestros abuelos! Leonel, si murieras, moriría yo, pero moriría

contenta sobre el sepulcro de un héroe, y viviria triste bajo el techo de un hombre deshonrado.

—Bien, hija mia, bien—dijo Doña Juana presentándose en la sala;—eres digna de la noble sangre que circula por tus venas, eres digna de ser esposa de Don Leonel de Carbajal. Hijos míos, Dios os bendecirá, y alguna vez podreis ser el uno del otro; y el dia en que el águila vuele libre de sus cadenas, agregó con marcada intencion y mirando á Don Leonel—Esperanza será la esposa de Leonel.

—¿Me lo jurais, señora?—dijo Don Leonel con entusiasmo.

—Lo juro.

—Dios os bendiga, madre mia.

Y Leonel y Esperanza se arrojaron trémulos de alegría en los brazos abiertos de Doña Juana, y permanecieron estrechados por algunos momentos.

—Ahora—dijo Doña Juana—es preciso que os separeis, que no os veais con frecuencia, para que nada diga el mundo y para que el amor no distraiga el cerebro del hombre de atenciones mas importantes. Don Leonel, despedíos de vuestra prometida y seguidme.

Don Leonel tendió su mano á Esperanza, que la estrechó con pasión; luego depositó un casto beso en la frente de la doncella, y siguiendo á Doña Juana penetró con ella en la biblioteca.

IX.

En que se refiere lo que hizo Martin Garatuza por servir al Padre Salazar.

Al separarse de su hermano el Padre Salazar se dirigió á su casa, y al llegar al zaguan de ella, descubrió un indio, con el pelo cortado sobre la frente con la figura de un cerquillo de fraile, y sobre las orejas dos mechones largos que le llegaban casi hasta los hombros, segun la moda de todos ellos, y que llamaban de balcarrotas ó balcarrias.

Aquel hombre, miserablemente vestido, se acercó al Padre Salazar y le dijo humildemente, pero haciendo brillar un anillo de plata en el dedo índice de la mano izquierda:

—Buenos dias.

—Dios los enviará—contestó el Padre Salazar, procurando inútilmente recordar el nombre, el rostro, la figura, la voz de aquel afiliado.

—¿Qué quereis?

—Hablar quisiera con su señoría.

—Pasad—contestó el Padre—y seguidme.

Entraron al patio, subieron las escaleras, y el Padre entrando en su aposento se encerró en él con el indio, sin dar muestras ningunas de temor ni desconfianza; el padre Salazar tenia un temple de acero.

El hombre entonces desapareció, y en un momento se informó de dónde estaba dispuesta la habitacion para S. E., y lo arregló todo, no sin causar alguna alarma á los verdaderos camaristas del virey, y volvió al instante al comedor á decir al marqués: —

—Cuando V. E. quiera, todo está listo.

Poco despues se levantó el virey de la mesa, y seguido del visitador se dirigió á su cámara, en cuya puerta le aguardaba ya su nuevo servidor.

El primer dia de un vireinato, y con recepcion tan espléndida como la que México habia hecho al marqués de Cerralvo, cualquier hombre, por frio y reconcentrado que sea, se vuelve alegre, comunicativo y generoso, y el marqués no podia ser excepcion de esta regla, con tanta mas razon, cuanto que no solo él, sino su compañero de viaje Don Martin Carrillo, el visitador, eran de un carácter apacible y de un genio dulce y conciliador, á inferirse del modo con que obraron, el uno en su gobierno, y en su espinosa comision el otro.

El virey se entró á su cámara é hizo entrar tambien al visitador; el lacayo se quedó respetuosamente en la puerta.

—Ven acá—le dijo el virey.

El lacayo se aproximó.

—¿Cómo te llamas y en qué te ocupas actualmente?

—Excelentísimo señor, me llamo Benjamin Ordaz, humilde criado de V. E., y ahora no tengo destino: he venido á solicitar el servicio en el banquete solo por tener la honra de conocer á V. E. y el orgullo de haber sido el primero que le sirviera en México.

La adulacion es el veneno mas activo y el que toman todos los hombres mas fácilmente, por prevenidos que se encuentren, como el perfume del incienso, una vez desprendi-

do, nadie puede dejar de aspirarlo, penetra con el viento que da la vida, se hace sentir solo cuando ya no puede rechazarse.

—Y bien, Benjamin—dijo al mozo—antes qué eras tú?

—Pertenece, excelentísimo señor, á la servidumbre del marqués de Gelvez, antecesor de V. E.

—¿Y por qué lo dejaste?

El día del tumulto caí herido defendiendo una puerta, y tuve que esconderme por temor hasta que llegó V. E.

El marqués reflexionó un instante.

—Si me probaras la verdad de lo que me has dicho—exclamó el virey—te tomara inmediatamente á mi servicio.

—Los pobres, señor excelentísimo, no tenemos facilidad de probar nada, y solo podría mostrar á V. E. mi cuerpo atravesado de un balazo, como la ejecutoria de mi lealtad; pero tengo palabras de hombre honrado que solo V. E. puede comprender, y si ellas no me valen y V. E. no me toma á su servicio, no podrá quitarme el orgullo de haber servido en esta vez al hombre que trajo la paz y la tranquilidad á estos reinos.

—Bien, pensaré—le dijo el marqués—espera en la puerta á que te llamen; pero cierra y que nadie nos interrumpa.

Benjamin salió haciendo una humilde reverencia.

—Me retiro también—dijo el visitador levantándose—que V. E. querrá tal vez reposar.

—No. Yo suplico á su señoría que permanezca, porque de hablar tenemos acerca de los negocios públicos ahora que nos encontramos solos y que debemos comenzar nuestros trabajos, porque de los primeros pasos dependé en todas las empresas el éxito final.

—Razon tiene S. E.

—Dígame V. S. qué opinion ha formado de México por la manera con que nos ha recibido.

—Si he de hablar la verdad, la recepcion me ha parecido demasiado suntuosa para ser sincera.

—No lo crea V. S., que esto puede ser efecto de que es cierto lo que en España se dice acerca de lo fastuosos que son los mexicanos.

—O tal vez de lo que acerca de ellos se dice también, que son falsos y astutos.

—No es esa, por fortuna, mi opinion.

—Debo advertir á V. E. que apenas he llegado y he recibido luego un anónimo, en que se me denuncia una gran conspiracion organizada por los criollos y próxima á estallar, que tiene por objeto la independencia de la colonia.

Al gesto de disgusto que hizo el virey al escuchar esta noticia, correspondió, como dos relámpagos de esos que brillan casi simultáneamente en dos lados opuestos del horizonte, otro gesto de Benjamin, que espiaba tras de la puerta, sin perder una sola palabra de lo que se hablaba en el cuarto.

—¿Y qué por menores daría V. S. acerca de esa conspiracion?—preguntó el marqués.

Benjamin contuvo hasta la respiracion para escuchar la respuesta del visitador.

—Nada mas que lo que he dicho á V. E.—contestó Don Martín—que hay una gran conspiracion que tiene por objeto la independencia de las colonias, y que debe estallar el día 5, es decir, pasado mañana, aprovechando los conjurados el desorden natural que en la ciudad produzcan las fiestas hechas en honor de V. E.

—Lo malo está—dijo el virey—en que poco conocemos aún á la gente de aquí; no tenemos personas de confianza,

y contamos con el natural temor de todos los comprometidos en el tumulto.

—Que son muchos, casi todos.

—¿Lo cree V. S. así?

—Estoy casi seguro de ello.

—¿Sabe V. S.—dijo el virey despues de un rato de silencio—que no seria malo valernos de este muchacho, de Benjamin, para tener noticias exactas de lo que pasa?

—Es una buena idea de V. E., porque el tal Benjamin parece leal, valeroso é inteligente, y puede sernos de grande utilidad.

Benjamin se frotaba las manos alegremente por fuera de la puerta.

—Creido me tengo—dijo el virey—que este Benjamin ha de llegar con el tiempo á ser el alma de nuestros servidores. ¿Os parece que lo llamemos?

—Como V. E. lo disponga.

Benjamin se retiró precipitadamente, y el virey sonó la campanilla de plata que había sobre la mesa.

A la primera llamada Benjamin no acudió.

El marqués llamó segunda vez, y entonces el lacayo apareció diciendo desde la puerta:

—¿Llama V. E.?

—Sí, y por dos veces.

—Retíreme por respeto y para impedir que álguien se acercase—contestó Benjamin.

—Bien, cierra y acércate.

Benjamin cerró la puerta por dentro y se acercó respetuosamente al marqués.

—¿Conoces bien la ciudad?—preguntó éste.

—Excelentísimo señor, como á mi misma casa.

—¿Serás capaz de dar razon de cuanto se te pregunte si lo sabes, y averiguarlo si lo ignoras?

—Seguramente, señor.

—Bueno. ¿Qué has oido decir acerca de alzamientos y de tumultos?

—Además del que se hizo contra mi amo el señor marqués de Gelvez, y en el que sin meterme á juzgar, creo que tuvieron parte todos los caballeros de esta ciudad.....

El visitador dirigió una mirada de inteligencia al virey, que no se escapó á la penetracion de Benjamin.

—Hay—continuó—el rumor de que algunos criollos quieren alzarse con el reino, y que piensan dar el grito el dia 5 de este, porque dicen que en estas noches habrá grande alboroto por las fiestas que se preparan á V. E.

El visitador no pudo ya contenerse.

—Lo mismo que decia yo á V. E.; es una cosa pública.

—Permítame usía—interrumpió Benjamin—que tanto de pública no puede decirsele, porque ellos lo guardan en profundo secreto: si á usía se lo han dicho, es porque usía tiene en México muy grandes simpatías, como he oido contar por ahí.

La lisonja era fina y el visitador la tragó sin sentirla.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Tengo muy buenos amigos y muchos conocidos.

—¿Y nada mas sabes?

—Nada mas, porque no he cuidado de averiguar mas.

—¿Qué necessitarias para estar al tanto de todo y darme avisos?

—En primer, lugar que V. E. lo disponga así, y en se-